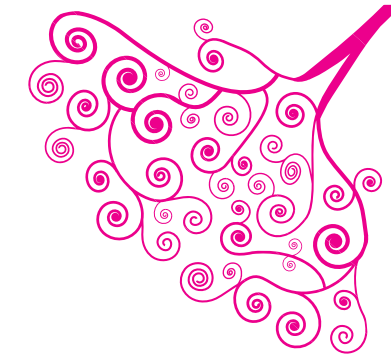
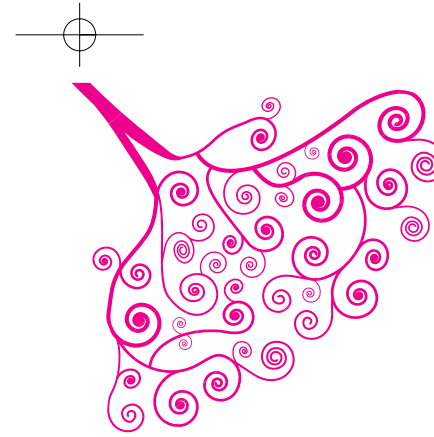


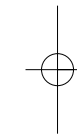
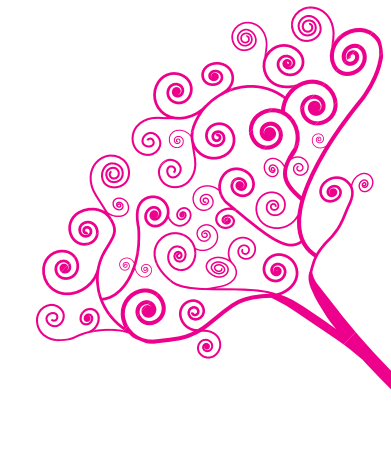
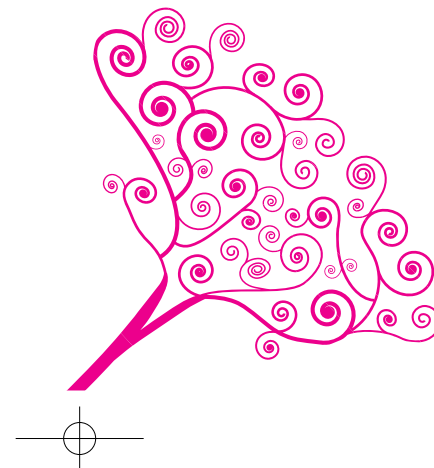


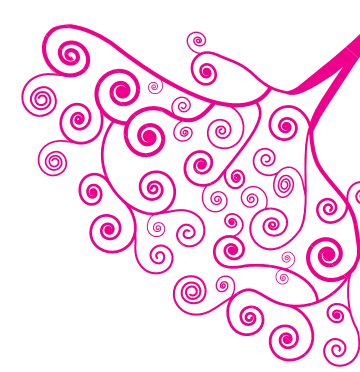
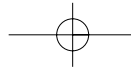
*El brote más pequeño muestra  
que la muerte en realidad no existe.*

WALT WHITMAN,  
*Canto a mí mismo*

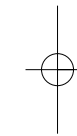


*Las raíces  
del sauce llorón  
son extraordinarias  
por su fortaleza  
y su tenaz apego  
a la vida.*





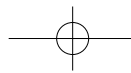
Uno



**E**L último día de clase era solo de media jornada. Al día siguiente, todo el octavo curso se reuniría en el gimnasio para la ceremonia de graduación, que duraría solo una hora, y además vendrían sus familias. La próxima vez que Ama fuera al colegio, sería al instituto.

*Todo está cambiando, pensó Ama.*

Normalmente volvía a casa en autobús, pero hoy tenía ganas de caminar, no sabía por qué. No estaba en plan melancólico. Se sentía decidida y miraba hacia el futuro, como su hermana mayor. Pero tenía tiempo y además no iba cargada con los habituales diez kilos de libros, cuadernos y carpetas. Hoy le apetecía recorrer el camino que había hecho tantas veces de pequeña, cuando nunca tenía prisa.



Mientras caminaba no pudo evitar pensar en Polly y Jo; por eso, cuando las vio un poco más adelante, esperando en el semáforo para cruzar la autopista Este-Oeste, le pareció que habían salido directamente de sus recuerdos.

A Ama le sorprendió verlas juntas. Desde lejos, le llamó la atención la naturalidad y, al mismo tiempo, la tensión que manifestaban una al lado de la otra. No parecía que hubieran salido así del colegio. Últimamente, Jo solía salir de clase con su grupo de amigas, ruidosas y coquetas, para ir al Café Tastee o al sitio de los *bagels* de la esquina. Polly iba a lo suyo: tardaba siglos en recoger sus cosas y normalmente pasaba un rato en la biblioteca antes de irse a casa. A veces, Ama coincidía con Polly en la biblioteca y siempre se sentaban juntas. Pero, al contrario que Ama, Polly no estaba allí para hacer los deberes. Polly leía de todo lo que había en la biblioteca, excepto lo que les habían mandado.

Al acercarse, Ama pensó en cuánto había cambiado el aspecto de Jo desde Primaria. Ya no tenía aparato ni gafas, y vestía siempre a la moda; ahora se llevaban los pantalones cortos, escoceses, en tonos pastel, y el pelo recogido en dos trenzas. Ama pensó que Polly, con los pantalones cortos desgastados y su gorra de reportero oscura, estaba igual que siempre.

–¡Ama! ¡Eh!

Polly la vio primero. La saludaba alegremente con la mano. La señal de semáforo se iluminó y Ama se dio prisa para alcanzarlas y cruzar juntas la autopista.

–Es increíble que estés aquí –dijo Polly mirando alternativamente a Ama y a Jo–. Esto es histórico.

–Le pillaba de camino –indicó Jo, quitando importancia al hecho de que las tres hubieran coincidido aquel día.

Ama comprendía cómo se sentía Jo. La historia de su amistad era como un estanque a punto de desbordarse bajo una suave superficie helada, y no quería que se resquebrajara. Por el camino hablaron de los exámenes finales y los planes para la graduación. Ninguna dijo nada cuando pasaron el 7-Eleven ni cuando llegaron al viejo cruce.

*¿Y si girásemos?*, se preguntó Ama de repente.

¿Y si bajaran corriendo la colina, pasando por el parque, y se adentraran en el bosque para ver los arbolitos que habían plantado hacía tanto tiempo? ¿Y si se agarraran de la mano y corrieran lo más deprisa que pudieran?

Pero las tres siguieron adelante sin doblar la esquina, sin desviar la vista ni torcer la cabeza. Solo Polly pareció mirar atrás un instante.

De todas formas, incluso si dieran media vuelta, Ama sabía que no sería lo mismo. La rueda de metal estaría oxidada y los columpios, abandonados. Puede ser que los árboles ni siquiera estuvieran. Había pasado tanto tiempo...

Ama se vio a sí misma de niña, corriendo colina abajo con sus dos mejores amigas, alegre y despreocupada.

Ahora todo era distinto. La gente y los lugares cambiaban. Iban a empezar el instituto. No era momento de mirar atrás. Ama no recordaba cómo eran los árboles. Tampoco recordaba el nombre de la colina.

*Polly*

*Cuando pienso en el primer día de nuestra amistad, nos veo a las tres cruzando a la carrera la autopista Este-Oeste con las mochilas a la espalda y las macetas en las manos.*

*Me acuerdo de que a Jo se le cayó la suya en medio de la calzada, y todas nos paramos en seco; después vi el pequeño tallo torcido y las raíces que asomaban y la tierra que se desparrahaba por el asfalto. Recuerdo que las tres nos agachamos para colocar la planta de nuevo en la maceta, metiendo las raíces otra vez bajo la tierra mientras el semáforo se ponía rojo. Y recuerdo que Ama gritó que teníamos que darnos prisa, y al levantar la vista, vi que los coches bajaban por la colina hacia nosotras. Recuerdo el tacto áspero del asfalto arañándome los dedos al coger los últimos terrones, el escozor en los nudillos al intentar guardarlos en el puño. Yo creo que fue Jo quien me tomó del brazo y me llevó a la acera. Y recuerdo el largo y plano rumor de las bocinas en los oídos.*



*Ama*

*Nos conocimos el primer día de tercero, porque de los 132 niños que había en el curso, fuimos las tres únicas a quienes no vinieron a buscar. Yo estaba asustada, porque mi madre nunca había faltado a recogerme del colegio. Nunca había llegado tarde.*

*Al principio no nos hablamos. Yo estaba avergonzada y asustada y no quería que se me notara. Nos metieron en la clase de apoyo de Matemáticas, la que tiene las paredes de cristal. Nos quedamos ahí, mirando hacia el exterior como animales en el zoo, esperando a que vinieran nuestros padres.*

*Aquel día habían repartido en la clase de Ciencias Naturales retoños de sauce llorón en macetas de plástico. Se supone que teníamos que cuidarlos y estudiarlos todo el año. Recuerdo que estábamos sentadas cada una en un pupitre con nuestra planta delante. Polly no dejaba de mirar la suya para ver si la tierra estaba demasiado seca. Canturreaba.*

*Jo plantó las zapatillas sobre la mesa y se recostó en la silla. Dijo que su planta probablemente no duraría una semana.*

*Me resultaba increíble lo poco que parecía importarles que no las hubieran ido a buscar. Yo estaba histérica, pero luego me enteré de que mi madre tenía una buena excusa para no presentarse aquel día.*



*Jo*

*Supongo que lo de escaparnos juntas del colegio fue idea mía. Llevábamos una hora y media esperando a nuestros padres y estábamos aburridas y hambrientas. Especialmente yo. Nos habían llevado a las sillas que hay frente al despacho del director, con lo que parecía que estábamos castigadas. La señora*

*Lorenz, la secretaria, intentó localizar a nuestros padres mientras todos los profesores se marcharon a casa.*

*Ama tenía que ir al baño, y Polly y yo la acompañamos. Empezamos a asomarnos a las aulas vacías y nos subimos a las mesas de la cafetería. Era divertido estar en el colegio desierto y con las luces apagadas. Al pasar por delante de la puerta trasera, reté a Ama y Polly a salir de allí, y me dejaron pasmada cuando lo hicieron. Así que allí estábamos, fuera del colegio. No había sido nuestra intención marcharnos, pero una vez fuera, no podíamos volver. La libertad es una calle de sentido único y ya estábamos en ella.*

*–Vámonos –dije.*

*Olía a verano y sabía el camino a casa. Ama fue la que dudó.*

*–Te llevaremos a casa –le prometió Polly.*

*Fuimos corriendo por las callejas hasta el 7-Eleven. Yo tenía un billete de veinte dólares en la mochila, para emergencias, así que nos dimos un festín de golosinas. Luego empezó a llover, más bien a diluviar, así que nos sentamos junto al ventanal contemplando el vapor que se elevaba del aparcamiento y cómo el cielo se iba oscureciendo hasta hacerse prácticamente de noche. Quisimos jugar a Dragon Slayer, el viejo juego recreativo que tenían allí, pero habían cubierto la parte delantera con cinta aislante amarilla.*

*Cuando nos marchamos, el aire era fresco. Fuimos corriendo a casa atravesando la autopista Este-Oeste. Recuerdo que íbamos con nuestras plantas. Una planta es una de las pocas cosas que no se pueden meter en la mochila. Recuerdo que mi pequeña ramita se balanceaba y temblaba con la carrera. Casi nos matan cuando se me cayó en medio de la calle.*

*Primero llevamos a Ama a casa. Fuimos hasta su edificio y subimos a su piso, donde su padre estaba llamando frenéticamente al colegio. Así nos enteramos de que su hermano, Bob, había nacido aquella tarde.*

*De camino a su casa, Polly iba dando saltitos, como hace cuando está contenta. Llegamos hasta la puerta y dijo que su madre no estaba, pero que daba igual. Dijo que su madre siempre perdía la noción del tiempo cuando estaba trabajando en su estudio. Por primera vez vi las esculturas de Dia en el porche principal: grandes árboles invernales y desnudos hechos con relojes de pulsera rotos y teléfonos móviles viejos. Fuimos a la parte trasera y vi cómo Polly abría con naturalidad una ventana y se metía por ella, como si fuera la manera más normal de entrar en casa.*

*–Nunca había tenido una amiga que me acompañara a casa –me dijo a través de la ventana abierta.*



*Polly*

*En la vida hay momentos de cambios.*

*A veces, los grandes cambios no llegan poco a poco, sino de una vez. Así nos ocurrió a nosotras. Aquel día descubrimos que las amigas pueden hacer cosas por ti que tus padres no pueden hacer.*

*Dos días después de que terminaran las clases, durante el trayecto del autobús desde casa de Grace, Ama temblaba por*

la emoción y los nervios. Su padre la había llamado al móvil para decirle que la carta por fin había llegado. Se había ofrecido a recogerla de camino a casa; como sabía que aparecería con su taxi, prefirió tomar el autobús. No se avergonzaba de que fuera taxista. No era eso. Pero le molestaba que la gente intentara pararlos por el camino. Le gustaría poder viajar con él a solas, como una familia normal, y no como si estuvieran siempre de servicio. Además, su padre era muy amable: si alguna persona mayor o discapacitada les hacía señas, solía parar, incluso cuando estaba fuera de servicio, y a veces ni siquiera les cobraba.

Para alegría de sus padres, Ama había obtenido una beca de verano de la Fundación Estudiantes Líderes, lo que quería decir que tenía el verano entero pagado, incluido el viaje. Era un gran honor. Solo doscientos estudiantes de todo el país recibían las becas, y en su colegio nadie había obtenido ninguna, excepto su hermana. Esi había logrado la beca durante cuatro años consecutivos.

Ahora faltaba saber en qué programa la incluirían. Su primera opción era la escuela de verano de Andover, donde iba a estar su amiga Grace. Pero estaba tan solicitada que lo más seguro era que no lo consiguiera. Su segunda opción consistía en trabajar en una oficina de Habitat para la Humanidad, en Virginia, lo que le supondría créditos para el instituto. Y quedaría bien en su expediente, al menos eso le había dicho Esi. Como tercera opción eligió un campamento académico dirigido por la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore.

Al entrar vio a su hermano de cinco años, Bob, de pie en la puerta, agitando el grueso sobre. Sus padres se acercaron a ellos.

–Supongo que será Hopkins –dijo su madre.

A veces, a Ama le avergonzaba el interés que mostraban sus padres en su vida académica, e incluso su hermano. Jo solía decir que su madre no conocía ni el nombre de su tutor y su padre no sabía en qué curso estaba. «Eso es porque los Napoli son ricos», le había dicho una vez su madre. «No tienen que preocuparse tanto como nosotros».

–Yo digo que es Habitat –dijo su padre.

–¿Puedo abrirla yo? –gritó Bob.

–No, tienes que dejar que la abra Ama –le riñó su madre.

–Puedes abrirla, Bob –le dijo Ama. Bob tenía un gusto irracional por abrir el correo, y él casi nunca recibía nada. Pero no la rompía.

Bob asintió con seriedad. Abrió la carta con mucho cuidado y fue pasando las páginas de una en una. El corazón de Ama latía a toda velocidad y sus ojos volaban buscando la parte importante.

–¿Cuál es? –preguntó su madre.

–No lo veo. Yo creo que es... –Ama volvió una de las páginas. Es... No entiendo. Dice «Aventuras Salvajes».

Buscó en vano palabras como «Andover» o «Johns Hopkins». Su madre parecía incrédula.

–Déjame ver.

–La dirección es de Wyoming. Parece algún tipo de

campamento en las montañas –Ama miró de nuevo la primera página–. Debe de ser un error. Yo no me apunté a eso.

–¿Aventuras Salvajes? –dijo su padre–. Es un error.

–Un momento.

Ama intentó buscar su nombre para asegurarse de que no había recibido los papeles de otra persona. No, su nombre y dirección eran correctos. Bob seguía sacando papeles del sobre. Uno de ellos cayó al suelo. La madre de Ama lo recogió.

–Es un billete de avión –dijo asombrada–. A Jackson, Wyoming.

–¿Un billete de avión?

–¡Aquí pone «dinero»! –anunció Bob entusiasmado, agitando otro papel.

–Un momento –dijo Ama, quitandoselo de la mano.

Era dinero: un cheque por valor de 288 dólares. Decía «estipendio para material». Venía de la Fundación Estudiantes Líderes y estaba puesto a su nombre.

–¿Me han mandado dinero?

Ni siquiera tenía una cuenta corriente.

–Déjame ver –dijo su padre.

–¿Me das un dólar? –preguntó Bob.

–No. Espera un momento.

Ama empezó a agobiarse, odiaba esa sensación. Tomó todos los papeles y los puso en orden. Los fue leyendo atentamente y pasando a su padre las páginas ya leídas. Parque Nacional de *Yosemite*, los *Grand Tetons*, *Wind Cave*, las *Badlands*. ¿*Badlands*? ¿Qué tipo de programa era este?

Para entonces, Bob estaba doblando un clip que se había caído de los papeles.

–Parece que se han equivocado –anunció Ama por fin–. Me han dado una beca para un campamento donde hay que andar y subir montañas en parques nacionales.

Miró a sus padres. Sacudió la cabeza como si la fundación le hubiera enviado por error una mofeta como mascota.

–Esto es un completo error. No voy a ir.

*Ama*

*Nuestras plantas sobrevivieron el tercer curso. Incluso la de Jo. Ella intentó aparentar que no tenía interés por encargarse de ella, pero yo sabía que no era cierto. Aquel año pasé mucho tiempo en su casa, con ella y con Polly, aunque a mis padres no les parecía bien que fuera a casa de mis amigas cuando tenía deberes. Me recordaban que mi hermana Esi nunca lo había hecho. Por eso sabía que Jo tocaba el violín para su planta e incluso le compraba abono especial.*

*Las plantas se pasaron mágicamente de esquejes a arbolitos minúsculos y las raíces crecieron y se ovillaron. Apenas quedaba tierra en las macetas, así que tuvimos que cambiarlas a otras más grandes. Teníamos que regarlas casi todos los días.*

*Polly tuvo la idea de plantarlas el último día de clase. Encontró el lugar perfecto en un bosquecillo con un riachuelo, detrás de un parque, al final de mi calle. Era el bosque que hay al pie de la colina Pony, la mejor colina del mundo para bajar en trineo, donde solíamos jugar tanto. Había un claro donde plantamos los tres*

*árboles en fila india, con suficiente espacio entre ellos para que desarrollaran raíces profundas. Cavamos con los dedos porque se nos olvidó llevar una pala. Sacamos las piedras e intentamos no molestar a las lombrices demasiado porque Polly insistió en que necesitábamos su ayuda. Desmadejamos las raíces con cuidado. Era como desenredar el pelo. Las metimos en la tierra.*

*Resultó raro sacar las plantas del pequeño mundo terroso de su maceta y plantarlas en el suelo, conectadas con todas las demás cosas de la tierra. Parecían tímidas y vulnerables, y nos costó mucho dejarlas allí. No daban la impresión de estar en su sitio. Cuando nos marchamos, Jo estaba a punto de llorar.*

*En aquel primer verano fuimos mucho a verlas. Jo solía traer su violín y el abono. Y en cuarto nos reuníamos casi todos los días después de clase. A veces comprábamos helados y chokolatinas en el 7-Eleven, e íbamos a ver nuestros árboles de camino a casa.*